

Raíces

Laura Caso - Colegio Buen Pastor de Sevilla

Madrid siempre ha sido el lugar favorito de Natalia. Con mucha honra, afirmaba que era madrileña a todo aquél que le preguntaba. En el colegio, todos sus amigos eran de Madrid y tenían las características típicas de aquella zona.

—Qué acento más tonto —comentó su amiga Sara, mientras escuchaban a la reportera cordobesa.

Natalia sonrió, divertida. El acento andaluz hacía parecer tonta a cualquier persona.

Al llegar a su casa, Natalia sentía que entraba en una dimensión distinta. Su piso en la calle Huertas era una burbuja en el tranquilo ambiente madrileño. Su madre, sevillana de nacimiento, tenía la costumbre de llenar el pequeño espacio con música típica de su hogar; sevillanas. Para Natalia, esto solo era un ruido molesto y no comprendía como su madre parecía entenderse con la melodía, cómo esta era capaz de aumentar sus ánimos en cualquier situación. Su padre, cordobés, solo hablaba con tranquilidad en su casa; donde no tenía que esforzarse por ocultar su acento. Este le había explicado a Natalia muchas veces desde que se mudaron que así era más sencillo y algo sobre unos estereotipos. Pero la favorita de Natalia siempre sería su abuela, una mujer honorable, llena de ese típico arte andaluz. Su marcado acento, sus costumbres y su forma de ser contrastaban con los de la gente de Madrid. A su abuela no le importaba lo que la gente opinara; esto hacía que Natalia la admirara intensamente; era tan auténtica, tan pura. Fantaseaba a menudo con ser como ella.

Natalia sabía perfectamente cuales eran sus raíces, pero sentía la presión de encajar y realmente nunca había sentido ese arte del que hablaban sus abuelos, nunca había experimentado esa sensación de orgullo o de familiaridad con su comunidad autónoma,

Andalucía. Cuando veía fotos de su infancia, entre Sevilla y Córdoba, tenía una inexplicable sensación de vacío.

—La abuela ha enfermado —. Su madre, con lágrimas en los ojos estaba haciendo las maletas —Vamos a llevarla a Sevilla hasta que mejore; estar en su hogar es lo único que puede hacerla sentir bien ahora.

Natalia no quería marcharse, pero quería a su abuela con todo su corazón y estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de verla feliz.

Con miedo y esperanza, marcharon todos a la antigua casa sevillana que hacía tantos años que Natalia no pisaba. En el coche, su abuela descansaba a su lado, sujetaba una foto de la Virgen del Pilar con fuerza. La imagen, arrugada y desteñida estaba siempre junto a ella; era como un amuleto que la hacía sentir segura. Incluso había llegado a pensar que esta era una extensión de su brazo.

Al entrar en Sevilla, le pareció una ciudad normal; no sentía nada especial, no veía el arte por las calles como tantísimos poetas afirmaban. Su padre solía leerle poemas de Góngora en los que admiraba la tierra andaluza.

Rey de los otros ríos caudaloso, que, en fama claro, en ondas cristalino, tosca guirnalda de robusto pino ciñe tu frente y tu cabello ondoso. Natalia recordaba estos versos a la perfección, pero al pasar por el río no sintió que este fuera “el rey de los ríos caudalosos”. Con una inexplicable sensación de decepción, bajó del coche y llevó las maletas hasta su casa.

La vivienda, situada en el centro histórico de Sevilla solía llamar la atención de los transeúntes que se asomaban por la reja para ver el precioso patio andaluz.

El lugar estaba en buenas condiciones, sus padres solían pasar los fines de semana allí con su abuela, pero a Natalia nunca le interesó ir. Llevaba sin pisar el lugar diez años y al entrar y descubrir que todo seguía exactamente igual que en su cabeza; una oleada de recuerdos la invadió, llenándola de emoción. La fuente, con sus azulejos azules en la que su abuela solía sentarse a leer o a escuchar el agua correr. Los balcones, de los que colgaban plantas preciosas que llenaban de vida el pequeño lugar. Y lo que más le gustaba, los preciosos azulejos que decoraban las paredes. Por primera vez, Natalia sentía que estaba en casa a pesar de no estar en Madrid.

Dejaron a la abuela en su cama y abrieron la ventana para que pudiera escuchar el canto de los mirlos, tan típicos en la zona. La abuela, parecía tranquila, en paz.

Sentados en el patio, la familia se dispuso a almorzar.

—¿Te apetece dar una vuelta? — Preguntó su madre, optimista.

A Natalia no le apetecía, quería quedarse con su abuela, pero quería agradar a su madre, por lo que accedió.

Visitaron la Catedral y la Giralda de la ciudad, una ola de turistas se arremolinaba a su alrededor y tomaban fotos. De nuevo, a Natalia le parecía bonito, pero no veía nada especial.

Siguieron visitando el barrio de Triana. Esta vez, Natalia se quedó sorprendida por el color, la vivacidad y la pureza del sitio. La complicidad de la gente era increíble; todos parecían ser amigos; se trataban con familiaridad; sentía que todos estaban unidos por algo, aunque no terminaba de entender el qué.

Pasaron las semanas y Natalia había visitado prácticamente todos los lugares destacados de la ciudad.

La Plaza de España se convirtió en su preferido; allí vio a una mujer bailando en un precioso traje de volantes al ritmo de las palmas de unos muchachos y la imagen se le quedó grabada en su cabeza; ellos se entendían sin hablar. Probó la comida típica del lugar; el “desayuno andaluz” como su padre lo llamaba, se convirtió en algo indispensable en sus mañanas. ¿Qué haría ella cuando volviera a Madrid sin su tostada con aceite y jamón?

También habían ido a la Torre del oro, esta vez con su abuela, que se encontraba animada.

Desde el puente, la imagen era alucinante; el sol, ya anaranjado, iluminaba el río con suavidad y la torre, literalmente dorada al recibir estos rayos de luz se mostraba imponente.

—Nunca me cansaré de verlo —Confesó su abuela, con una leve sonrisa —. Nada me llena tanto como mi hogar; mi gente.

El bullicio del lugar era agradable; un bar de la zona había puesto sevillanas y todos en aquel lugar bailaban, unidos por esa cosa tan extraña que Natalia comenzaba a sentir cada vez más familiar.

Natalia observó a su abuela con admiración, a pesar del cansancio y de lo deteriorada que se encontraba ella se mantenía firme, alegre. Nada nunca podría arrebatarle su esencia.

A los dos días, la abuela se encontraba sin fuerzas y lo único que quería era estar en la cama. Natalia pasaba prácticamente todo el día a su lado, aunque su abuela, cabezota, insistía en que debía de salir a disfrutar. “Yo soy una anciana enferma, por eso no salgo de la cama”. “Tú eres joven, estás llena de vida y de arte”.

Por desgracia, hubo una noche en la que la abuela llamó a su familia desde la cama. Todos acudieron de prisa, preocupados.

—No creo que mi vida se alargue mucho más — Confesó la abuela, sin una pizca de tristeza.

Los padres de Natalia se despidieron de ella y la abrazaron, temiendo lo peor. Natalia, por el contrario, no estaba preparada y no era capaz de asimilar el estado de su abuela.

Una vez esta echó a sus padres de la habitación, se quedó a solas con Natalia.

—Cielo —era la forma en la que solía llamar a su nieta —No estés triste.

Natalia negó con la cabeza, llena de tristeza.

—No quiero que te vayas —suplicó

—¿Quién ha dicho que me voy a ir? —Preguntó la abuela, riendo —Yo me quedo. Me quedaré aquí siempre.

Natalia no comprendía lo que su abuela decía, pero asintió.

—Me quedo en cada geranio, en cada gitanilla y en cada clavel. Me quedo en cada sevillana que pueda llenar de vida el lugar más sobrio. En cada bar escondido en las callejuelas menos conocidas de Andalucía; en cada sorbo del vino de Jerez; en todas las playas de Cádiz, Huelva, Málaga, Granada o Almería. En cada chica que se viste emocionada de flamenca. Me quedo en el río Guadalquivir, en la Alhambra, en la mezquita, en la Giralda... Cada vez que mires a la virgen de los Reyes me estarás mirando a mí; cada vez que recites un verso de Lorca, de Bécquer, de Machado, de Góngora o de Juan Ramón Jiménez estarás leyéndome a mí. Cada vez que bailes al ritmo de la música de Lola Flores o de la niña Pastori bailarás conmigo. Yo jamás me iré de aquí. Mis raíces siempre van a permanecer en esta casa, en esta ciudad, en Andalucía.

Natalia asintió, y esta vez sí que comprendía lo que su abuela le decía.

Tras el funeral, Natalia regresó a Madrid, entristecida. Todos los fines de semana regresaba a Sevilla para poder estar con su abuela. Sentía que su alma estaba en los cimientos de la ciudad, en el aire y en sus gentes. Ya entendía qué era lo que los unía a todos; sevillanos, gaditanos, cordobeses, malagueños, granadinos, onubenses, jiennenses y almerienses. Sus raíces. Todos ellos compartían el mismo origen, la misma cultura que velaba por el arte y por la personalidad. Esa cultura, esa esencia que los hacía tan únicos era ahora parte de Natalia.

Natalia era madrileña, pero también andaluza y de ahora en adelante presumiría de sus raíces con orgullo.

... Andalucía es mi tierra

Yo soy del sur

Yo soy del sur, Andalucía es mi tierra

Soy del sur, soy andaluz

Me gusta el mosto en noviembre y mirar al cielo azul

... Y mirar al cielo azul

De aquí fueron mis abuelos

Se formaron mis mayores

Aquí nacieron mis padres

Y nacieron mis amores.

... Yo soy así y tienen que comprender

Y tienen que comprender

Que mis costumbres son esas

Y no las quiero perder.